



LA GRAN GUERRA DE NUESTRO TIEMPO

LA GUERRA CONTRA EL TERROR
CONTADA DESDE DENTRO DE LA CIA,
DE AL QAEDA A ISIS

MICHAEL MORELL

y Bill Harlow



CRÍTICA

MICHAEL MORELL
con Bill Harlow

LA GRAN GUERRA
DE NUESTRO TIEMPO
La «Guerra contra el terror»
contada desde dentro de la CIA,
de Al Qaeda a ISIS

CRÍTICA
BARCELONA

La gran guerra de nuestro tiempo
Michael Morell y Bill Harlow

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The great war of our time*

© Michael Morell, 2015

© de la traducción, Nuria Fernández García, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-913-3

Depósito legal: B. 636 - 2016

2016. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

Prólogo	11
Salva de apertura	19
El Presidente y el Jeque	43
Las horas más oscuras.	61
Los mejores momentos	77
Una tormenta imperfecta	93
Las nueve vidas de Al Qaeda	125
No es una operación de Mickey Mouse	159
La primavera de Al Qaeda	193
El 11-S de 2012	213
Argumentario bajo sospecha	227
La lógica torturada	261
Abuso de confianza	295
La larga guerra por delante	315
Tallado en piedra	343
Agradecimientos	359
Índice analítico	369

Salva de apertura

El viernes 7 de agosto de 1998, Molly Hardy era una empleada de la CIA que trabajaba en secreto en Nairobi, Kenia. Molly era de Georgia y, sin ayuda de nadie, había criado una hija al tiempo que viajaba por todo el mundo durante una extensa carrera. Molly era oficial de finanzas, muy buena. Su trabajo consistía en distribuir y hacer un seguimiento del dinero que la CIA utiliza para pagar a sus fuentes por la información que estas proporcionan para que Estados Unidos continúe siendo un lugar seguro. Manejaba grandes cantidades de dinero en efectivo, de diferentes divisas y diversas denominaciones. En agosto de 1998 tenía cincuenta y un años, era abuela y soñaba con volver a casa para ver a su nieta.

Durante varias semanas del verano de 1998, fuentes de inteligencia habían interceptado una conversación entre terroristas acerca de un ataque inminente, sobre la llegada «de buenas noticias». Pero la conversación no especificaba el objetivo, ni el lugar ni el momento en que este ataque se llevaría a cabo. Todos estos detalles omitidos se esclarecerían la mañana del 7 de agosto.

A las 10.30, Molly, como muchos otros en la embajada en Nairobi, oyó un tiroteo y una pequeña explosión de una granada. Era el primer intento de romper la barrera de seguridad de la embajada por parte de terroristas suicidas de Al Qaeda. El ruido atrajo a los empleados de la embajada hacia las ventanas, incluyendo a Molly. Molly, intuyendo lo que iba a pasar, advirtió a los demás que se mantu-

vieran lejos de las ventanas y «se agacharan». Mientras lo hacía, explotó un camión bomba que destruyó gran parte de la embajada así como la mayor parte de un edificio contiguo. Más de 200 personas murieron, incluyendo 12 estadounidenses. Más de 4.000 personas resultaron heridas. Las últimas palabras de Molly fueron heroicas y salvaron la vida de muchos de sus colegas en la embajada. Molly fue una de las primeras víctimas de la CIA en manos de Bin Laden.

En Washington, a doce mil kilómetros de Nairobi y de Dar es-Salam, donde hubo un ataque simultáneo contra nuestra embajada en Tanzania, era medianoche. Mi mujer, Mary Beth, y yo, junto con nuestros tres hijos, dormíamos profundamente en nuestra pequeña casa de tres habitaciones en Arlington (Virginia). Era el tipo de casa que podía permitirse un funcionario de inteligencia de nivel medio. Nuestros dos hijos mayores, Sarah y Luke, tenían sus propias habitaciones, pero Peter, nuestro bebé, dormía en una cuna en el dormitorio principal. En ese momento yo era el asistente ejecutivo del director de la Central de Inteligencia, George Tenet, y una de las obligaciones de mi trabajo era tener una unidad especial de «STU-III», un teléfono seguro, en mi casa de tal forma que podía tratar información clasificada en cualquier momento. Como nuestra casa era pequeña, el teléfono seguro se encontraba en el suelo del dormitorio principal, debajo de la cuna de Peter, y esa noche, como era habitual, estaba también enterrado bajo un montón de ropa.

El sonido del teléfono me despertó de golpe. Luché por encontrar el teléfono y contestar antes de que se despertaran Mary Beth y Peter. Fallé en ambos aspectos y Peter expresó su descontento en voz alta. Ya había recibido más llamadas en mitad de la noche pero esta llamada no era como las demás. El oficial superior de servicio del Centro de Operaciones de la CIA, el oficial con más alto rango de la Agencia que se encontraba de guardia, me dijo que una red de satélites del Departamento de Defensa (DOD, del inglés Department Of Defense) había detectado dos grandes explosiones en África Oriental. Otros informes, especialmente del Centro de Ope-

raciones del Departamento de Estado, confirmaron al momento grandes explosiones en las embajadas estadounidenses de Nairobi y Dar es-Salam, y añadieron que, con toda seguridad, eran ataques terroristas. Le dije al oficial que había que despertar al director Tenet y contárselo todo. Fue una de las dos únicas veces que le desperté durante los dos años que trabajé como asistente ejecutivo (la otra ocasión fue cuando una información proporcionada por la CIA llevó a la OTAN a bombardear accidentalmente la embajada de China en Belgrado). Rápidamente me duché, me metí en mi coche y me dirigí al trabajo.

En este punto de mi carrera llevaba trabajando dieciocho años para la CIA, una organización que tiene tres objetivos principales: recopilar secretos clandestinamente, llevar a cabo análisis de todas las fuentes para el presidente y sus principales asesores, y emprender acciones secretamente para promover los objetivos en política exterior de Estados Unidos. Nadie que me hubiese conocido cuando era joven hubiera predicho que la CIA me contrataría. No me tomé en serio los estudios hasta el último año en la escuela secundaria. Permanecí en casa de mis padres durante el tiempo que estudié en la universidad, nunca viajé al extranjero y no hablaba idiomas.

Licenciado en economía, mi aspiración era doctorarme y dedicarme a la enseñanza. Pero uno de mis profesores tenía una idea diferente. «Deberías enviar un currículum a la CIA», me dijo, destacando que la CIA contrataba economistas y que podría ser una buena oportunidad para mí. Mi profesor sabía que la economía es una de las pocas disciplinas académicas que enseña a pensar críticamente, la habilidad más necesaria para ser un analista de inteligencia de éxito.

Para ser sincero, poco sabía de la CIA o de lo que un economista podría hacer allí, e incluso tenía poco interés en formar parte de sus filas. Pero en un momento de locura envié una solicitud y la sorpresa llegó cuando unos meses después recibí una invitación para una entrevista. Nunca había estado en Washington D.C. y tras cuatro años viviendo austeramente en casa de mis padres mientras asistía a las clases en la universidad, pensé que esa sería una buena oportunidad

para visitar un lugar interesante. Me fui a la capital de la nación sin intención alguna de aceptar un trabajo ofrecido por la CIA.

No obstante, lo que me encontré cuando llegué fue a un increíble grupo de personas de gran talento plenamente volcadas en una misión importante. Encontré una Agencia que ayudaba a la nación a afrontar un mundo de desafíos que incluían en ese momento una crisis de rehenes en Irán y la invasión soviética de Afganistán. Necesitaban hombres y mujeres jóvenes para ayudar a descifrar algunos grandes enigmas. Era tentador pero le dije a mi reclutador que estaba decidido a hacer el doctorado. «Ningún problema —me dijo—. Ven aquí. Hazlo bien. Nosotros podemos financiarte el doctorado» (una promesa que la Agencia después cumpliría). Acepté un salario inicial de quince mil dólares anuales y empecé mi carrera como analista de inteligencia.

Como analista tuve la suerte de involucrarme pronto en algunos trabajos importantes. Por ejemplo, lideré un pequeño equipo que demostró estadísticamente, utilizando una combinación de información proporcionada por fuentes de inteligencia y por los resultados electorales públicamente difundidos por el gobierno de Filipinas, que el presidente Ferdinand Marcos robó las elecciones presidenciales de 1986 a Corazón Aquino. Marcos utilizó una nueva técnica: la marginación sistemática de millones de votantes en áreas en las que se esperaba un voto mayoritariamente favorable a Aquino. Nuestro análisis mostró que la victoria de Marcos por 54-46 hubiese sido una victoria de Aquino por un amplio margen en una elección justa. Los hallazgos de la CIA jugaron un papel importante en la decisión de la administración Reagan de distanciarse de Marcos tras las elecciones, lo que ayudó a su caída del poder solo semanas después en la pacífica revolución del «Poder del Pueblo».* Era excitante ser un joven analista y ver que mi trabajo tenía tal impacto. Me enganché. Y entonces, a comienzos de los años noventa me involucré en un grupo mayor que descubrió el incipiente programa de armas nucleares de Corea del Norte que continúa siendo una seria amenaza hoy en día. Nuestro trabajo incluía ayudar en las primeras negociaciones diplo-

* En el original en inglés *People Power*. (*N. de la t.*)

máticas de Estados Unidos con Corea del Norte sobre este tema; los analistas proporcionaban ayuda en tiempo real al equipo negociador de Estados Unidos.

No obstante, la mayor parte del tiempo la pasaba ocupado en temas económicos del este asiático: cuestiones importantes pero no el tipo de material que se encuentra en las novelas de espías. Sin embargo, en 1996 un inesperado trabajo a tiempo parcial cambió el curso de mi carrera. En aquel entonces, el director de la CIA John Deutch y su director adjunto, George Tenet, recibían quejas del secretario del Tesoro, Robert Rubin, y su director adjunto, Larry Summers, acerca de la información recopilada sobre cuestiones económicas (esto ocurrió después de que los franceses declarasen persona non grata a un oficial superior de la Agencia en París por supuestamente robar información sobre la política comercial francesa). Rubin y Summers creían que gran parte del esfuerzo que la comunidad de inteligencia estaba realizando para obtener datos económicos sobre otros países, así como de los planes de política económica de otras naciones, era innecesario y podría llegar a ser contraproducente para nuestras relaciones diplomáticas con esos países. Tenet, con quien había coincidido puntualmente en varias ocasiones, me pidió liderar un equipo interdepartamental para examinar la cuestión.

La conclusión final de mi estudio fue que Rubin y Summers tenían razón. La mayor parte del material sobre temas económicos que la comunidad de inteligencia recopilaba estaba disponible en medios públicos, o lo que internamente se conoce como información en «código abierto». Aunque el estudio iba en contra del *statu quo*, fue bien recibido, particularmente por Tenet, que me dijo que le gustaba el rigor intelectual del informe y la claridad con la que se comunicaban los resultados. No resultó extraño que a Rubin y Summers también les gustase el informe, y Rubin escribió una carta a Deutch elogiando el estudio.

Solo dieciocho meses después, el director Deutch renunció como director de la Central de Inteligencia (DCI, del inglés Director of Central Intelligence) y Tenet le sustituyó. El 11 de diciembre de 1997 estaba en el hospital Arlington en Virginia esperando que mi mujer, Mary Beth, diera a luz a nuestro tercer hijo, Peter. Sonó un

teléfono. No en la sala de espera ni en la enfermería, sino en la sala de partos. Mary Beth, en la fase inicial del parto, no parecía contenta. Tampoco la enfermera que asistía al parto y que fue quien contestó el teléfono y me lo pasó, diciendo con sarcasmo: «Es para usted». Al otro lado de la línea se encontraba un amigo, Greg Tarbell, quien por aquel entonces era el responsable de proporcionar diariamente los informes de inteligencia al director Tenet y que se convertiría más tarde en mi jefe de personal cuando fui nombrado director adjunto y director en funciones. Utilizando su ingenio, Tarbell había localizado el número de teléfono de la sala de partos.

Tarbell me dijo con algo de emoción: «Sé que estás ocupado, pero pensé que deberías saber que Tenet me dijo esta mañana que recordaba el buen trabajo que hiciste con el estudio sobre información económica y que estaba considerando proponerte ser su nuevo asistente ejecutivo». Que te pidan ser el asistente ejecutivo del director es una oportunidad importante en tu carrera, pero con mi mente comprensiblemente en otro lugar, finalicé la llamada simplemente diciendo: «Qué interesante». Mary Beth preguntó: «¿Quién era?». Yo le di la respuesta estándar que un oficial de la Agencia da a una esposa preguntona: «Oh, no era nada». Y volví a la tarea de proporcionar cubitos de hielo a demanda.

Unos días después del nacimiento de Peter volví al trabajo. Tenet me llamó a su despacho para ofrecerme el puesto. Mientras cruzaba el umbral de su gran y rectangular despacho, Tenet me ofreció un puro de su reserva privada felicitándome por el nacimiento de Peter. Emocionado, acepté el puesto al momento.

Quizá «emocionado» no es la palabra que yo utilizaría para describir mis primeras semanas en el puesto. «Abrumado» sería más acertado. Nunca antes había tenido un trabajo como este. Era un trabajo que me ocupaba las veinticuatro horas los siete días de la semana, y totalmente absorbente. Era el único asistente ejecutivo del director en ese momento; ahora hay dos o tres, dependiendo del director. Era reacio a levantarme del escritorio para ir a comer o incluso para ir al baño, por miedo a que el montón de emails en mi bandeja de entrada se duplicase durante mi breve ausencia. Además, al principio no tenía ni idea de lo que me decía la gente. Tenet y sus subordinados de alto

nivel de la Agencia a menudo hablaban o escribían de una forma telegráfica que solo personas que hubiesen trabajado sobre un tema durante un largo periodo de tiempo podrían entender. Y había tantos criptónimos (palabras en código) por aprender que la cabeza me daba vueltas. Además, la amplitud y el alcance de los temas que me llegaban no se parecía en nada a lo que había imaginado.

Después de varias semanas de ocupar el puesto, Tenet me llamó a su despacho y simplemente me preguntó: «¿Estás bien?». Mentí y le dije que estaba bien. Pero, poco a poco, me puse al día e incluso aprendí la jerga. Logré mantener la cabeza por encima de la línea de flotación y me instalé en uno de los mejores trabajos de mi vida.

Una de las cosas que hizo el trabajo especial fue la oportunidad de trabajar con Tenet, el funcionario de rango superior más realista y accesible que he conocido nunca. Hijo de inmigrantes griegos que aprendió a trabajar duro sirviendo en el restaurante de su padre en Queens, Tenet tiene un don de hombre de la calle que hace imposible que no te guste. Brillante de una forma que no amenaza a nadie, reyes y camareros lo consideraban su mejor amigo. Y tenían razón. De aspecto que va de entre poco a muy descuidado, Tenet creaba un ambiente informal en la oficina donde en frecuentes ocasiones se arrancaba con hits de la Motown como *Respect* de Aretha Franklin, realizaba perfectas imitaciones de líderes extranjeros (hacía una imitación increíble de Yasser Arafat) o driblaba una pelota de baloncesto por los pasillos de la Agencia. Tenet nunca se tomaba a sí mismo muy en serio, un rasgo vital en un lugar donde el trabajo, al que se dedicaba con gran entrega, era a menudo de vida-y-muerte (literalmente).

Me encantaba trabajar para él. Había cuatro partes importantes en el trabajo, cualquiera de las cuales me hubiera mantenido por sí sola totalmente ocupado. Primero, tenía que revisar cada información (ya fuese una carta, una nota, un correo electrónico, un telegrama, una llamada telefónica o una visita personal) que entraba en la oficina del director y tomar una decisión rápida sobre si Tenet necesitaba estar informado de ella, y, si era así, si tenía que conocerla inmediatamente o podía esperar para ser leída «antes de acostarse». Cada minuto había un alud de información que provenía de múlti-

ples fuentes. Pasar demasiada información al jefe haría que se agobiase y no fuese capaz de concentrarse en asuntos más importantes. Mantener alejado al director de alguna información importante podría hacer que algo saliese muy mal.

Mi segunda tarea era revisar y organizar las decisiones que él necesitaba tomar. Por ejemplo, las carpetas oficiales de color marrón de departamentos de la organización que solicitan al director una valoración formal sobre una amplia cantidad de temas, las preguntas informales de las que alguien necesitaba una respuesta, y las cartas redactadas por otros para que el director las firme y envíe. Si decidía que algo era rutinario, si estaba seguro de saber cómo Tenet pensaba sobre el tema, podía utilizar una máquina (llamada *autopen*) para firmar. A continuación ponía una copia de lo que salía firmado con el nombre del director en sus materiales de lectura para la noche. Este *autopen* iba a convertirse en el origen de mi mayor error como asistente ejecutivo.

Una funcionaria superior de la Agencia llamada Joan Dempsey, que acababa de terminar un periodo como jefa de gabinete de Tenet, me entregó una carta que dijo que debía ser firmada inmediatamente y enviada al secretario de Defensa. El tema, un problema técnico de la comunidad de inteligencia, resultaba ininteligible para mí, pero me aseguró que no era nada del otro mundo y que simplemente debía enviar a los chicos al pasillo a encender la máquina y firmar «George J. Tenet» en la carta que ella había redactado. Confiando en sus palabras eso fue lo que hice y puse una copia de la carta en la gruesa pila de materiales de Tenet para leer en casa por la noche, diciéndole en una nota que había enviado la carta al «SECDEF». A la mañana siguiente tenía la carta de vuelta con garabatos distintivos de Tenet por todas partes. En la parte superior de la carta había escrito: «Nunca, nunca, nunca, nunca...» y los «nuncas» continuaban más allá de la parte superior de la carta... en la parte inferior a la derecha, al revés en la parte inferior y arriba en el margen izquierdo. A continuación del último «nunca» había escrito «... ¡utilizar el *autopen* en una carta de un miembro del gabinete!».

Completamente disgustado, pegué un *post-it* a la carta que decía: «No entiendo sus instrucciones. ¿Le importaría aclarármelas?» y

lo puse en el archivo de lectura para la noche. Aceptó mi réplica con buen humor, lo que dice mucho sobre el tipo de jefe que era.

Mi tercera responsabilidad era la de asegurar que cuando Tenet tuviese programada una reunión contase con todo lo necesario con antelación. Esta fue quizá la parte más difícil de mi trabajo, ya que algunos materiales que venían de niveles inferiores de la Agencia y de los servicios de inteligencia estaban mal escritos, mal argumentados, eran confusos o simplemente demasiado largos. Así que tenía que volver a escribir un montón de cosas sobre la marcha, especialmente temas de discusión para su uso en las reuniones en la Casa Blanca. A menudo lo hice bien, pero otras no. Una vez leyó una página de temas de discusión y sin pensárselo mucho, me dijo: «¿Quién fue el idiota que escribió esto?». Levanté la mano y dije: «Debí de ser yo».

La última parte del trabajo consistía en hacer cualquier cosa que me pidiese. Era un mensajero, un repartidor de buenas y malas noticias, una fuente de información sobre el estado de ánimo en el edificio, un compañero de viaje, el blanco de muchas bromas y el participante de mucho humor. Tenet una vez amenazó con ofrecermelo como regalo a un líder mundial que tenía especial interés en hombres jóvenes, yendo tan lejos como para dejar rápidamente una cena con el líder mientras yo estaba en el baño. Por suerte, me metí en el último coche mientras la caravana del director abandonaba el palacio presidencial. En otra ocasión, en un concurrido encuentro en la sala de reuniones del director, estábamos discutiendo una petición de otro líder extranjero de seis helicópteros como «pago» por el apoyo operativo que ese país había realizado en nombre de la Agencia. Tenet respondió a la petición del líder diciendo: «¿Qué tal si le damos tres helicópteros y a Morell?». La sala estalló en risas.

Pero también tuve mis momentos. Una mañana Tenet estaba en su oficina con su equipo directivo, justo antes de salir hacia una importante declaración ante el Comité de Inteligencia del Senado para explicar cómo la CIA había fallado en predecir la prueba de un arma nuclear por parte de la India en mayo de 1988. Tenet pidió consejo a todos los presentes y comenzó por el otro lado de la sala. Rápidamente calculé que yo sería el último, pero no sabía si Tenet planeaba preguntarme porque yo era el oficial más joven en la sala. Pero cuan-

do el círculo terminaba conmigo, Tenet preguntó «¿Alguna idea?», yo contesté: «¡Súbete la cremallera!». Cuando entramos en la sala me había percatado de que su cremallera estaba bajada. Todos en la sala se echaron a reír y Tenet dijo: «Por fin un jodido consejo que es realmente útil». Tenet tenía un don para las palabrotas.

El conjunto de problemas de los que el director de la Central de Inteligencia tenía que ocuparse era alucinante. Al inicio de cada año el director de la Agencia está obligado a comparecer ante los comités de vigilancia de inteligencia del Senado y de la Cámara de Representantes y presentar lo que le concierne. Esto fue lo que hizo Tenet en enero de 1998, y no eran pocas las cuestiones que tenía que discutir. Cada uno de los desafíos a abordar se convertía rápidamente en algo de lo que tenía que ocuparme. Encabezando la lista de preocupaciones se encontraban los problemas transnacionales que amenazan a todos los estadounidenses. En esta categoría estaban incluidos la proliferación de armas de destrucción masiva, el terrorismo internacional, el tráfico de drogas, la guerra de información (lo que actualmente llamaríamos guerra cibernética) y, curiosamente, las consecuencias de una crisis financiera que había tenido lugar en Asia.

A estas preocupaciones le seguía de cerca una segunda gran categoría —la amenaza planteada por grandes potencias como Rusia y China—. Los dos enemigos tradicionales de Estados Unidos tenían trayectorias muy diferentes aunque ambos trataban de navegar por transformaciones políticas y económicas de gran dificultad. La siguiente era la amenaza de naciones rebeldes como Irak, Corea del Norte, Libia e Irán. En el cuarto lugar de la lista de Tenet se encontraban los problemas regionales en lugares como Oriente Medio, el sur de Asia y Bosnia. Y, por último, las emergencias humanitarias causadas por desastres naturales, conflictos étnicos y la mala gestión de gobiernos extranjeros. Cualquiera de los cuales podría provocar una fuerte demanda de recursos militares y económicos estadounidenses.

Esta era una gran lista y el director no podía permitirse el lujo de ignorar ninguna parte de ella. Pero les puedo decir que había un

apunte en este desfile de amenazas que dominaba sus días y, por lo tanto, los míos, y era el terrorismo internacional. Para mí fue una revelación. A lo largo de mi anterior carrera apenas había intervenido en este terreno y la gran mayoría de mis colegas en Langley les hubieran dicho que la lucha antiterrorista, o «CT» (del inglés, Counterterrorism), como es conocida, no era un problema candente para la Agencia. Pero Tenet no lo veía de esa manera. Cuatro años antes del 11-S, la amenaza terrorista era el único tema que no le dejaba dormir. Se centraba con mucha precisión en ello.

En el ámbito de la lucha antiterrorista había una increíble variedad de tipos malos: el libanés Hezbollah, responsable de varios ataques a gran escala contra Estados Unidos y de más muertos estadounidenses que cualquier otro grupo terrorista anterior al 11-S; los grupos terroristas egipcios Al-Gama'a al-Islamiyya y la Yihad Islámica, este último responsable del asesinato del presidente egipcio Anwar Sadat en 1981; grupos palestinos responsables de múltiples ataques contra Israel, y muchos otros de fuera de Oriente Medio, que iban desde el Ejército de la República Irlandesa (o IRA, del inglés Irish Republican Army) en Reino Unido hasta Sendero Luminoso en Perú. Pero el grupo en el que Tenet se centró intensamente, y el único que llamó mi atención cuando leía y escuchaba sobre él, era un grupo llamado Al Qaeda, bajo la dirección de un hombre llamado Osama bin Laden.

Bin Laden nació en 1957 en Riyadh, Arabia Saudí, hijo de uno de los hombres más ricos del reino. Osama, que significa «león», estudió en la Universidad King Abdulaziz. Aunque asistió a cursos prácticos de ingeniería de la construcción y administración de empresas, sin duda bajo la presión de su familia, su verdadera pasión era la religión, el estudio del Corán y lo que este establecía sobre cómo los musulmanes deben vivir sus vidas. En la escuela, Bin Laden se acercó a miembros de los Hermanos Musulmanes, una organización islámica que intenta imponer la ley coránica en las sociedades musulmanas. Le gustaba la poesía, los caballos negros y el fútbol. Era un ávido seguidor del fútbol inglés.

Tras la universidad, Bin Laden se sintió atraído por la guerra en Afganistán. Sintió el deber religioso de apoyar a los luchadores por la libertad afganos, y se fue al sudeste asiático a comienzos de los años ochenta. Viajando entre Afganistán y Pakistán, su papel consistía en gran medida en financiar y organizar el flujo de extranjeros que llegaban a Afganistán para combatir a los soviéticos (a pesar de las muchas historias a lo largo de estos años en sentido contrario, la Agencia nunca trabajó con Bin Laden para expulsar a los soviéticos de Afganistán en la década de los ochenta). La estancia de Bin Laden en el sur de Asia le convenció de que unos insurgentes ideológicamente motivados pueden derrotar una fuerza militar mucho mejor equipada y entrenada. Fue la experiencia definitiva de su vida.

Bin Laden contó con dos ventajas a lo largo de su vida: por un lado, una parte de la fortuna familiar, que le ayudó en sus primeros años, y, por otro, aún más importante, su carisma. Su personalidad era magnética. No al estilo estadounidense en el que una personalidad dominante se hace con toda una sala. Era un carisma de estilo árabe a base de un hablar suave, una voz poética y una suavidad de movimiento a la manera del profeta Mahoma.

El interés de la CIA en Bin Laden empezó durante su temporada en Sudán de 1991 a 1996, cuando combinó proyectos empresariales con la yihad. Bin Laden estableció campos de entrenamiento de terroristas en Sudán y financió el viaje de cientos de veteranos de la guerra de Afganistán a Sudán para asistir a estos campamentos. A finales de 1992, Bin Laden financió el atentado contra un hotel en Adén (Yemen) que alojaba a militares estadounidenses, y en 1996 envió a sus agentes a Somalia para trabajar como asesores del señor de la guerra Mohammed Farrah, responsable de la tragedia comúnmente conocida como Black Hawk Down. Estas fueron las salvas de apertura de Bin Laden contra Estados Unidos, pero nosotros solo supimos de ello años después. También conocimos con posterioridad que fue durante este tiempo cuando Bin Laden empezó a interesarse en la adquisición de armas de destrucción masiva.

Las primeras actividades de Bin Laden muestran una interesante

dicotomía. Para la mayoría de los estadounidenses la lucha contra Al Qaeda comenzó el 11-S o en 1998 en África Oriental. Pero desde la perspectiva de Bin Laden, él había estado en guerra contra nosotros desde 1992.

La CIA sabía que Bin Laden se había trasladado a Afganistán a finales de 1996, llevándose a muchos operativos con él. Lo que no sabíamos en ese momento era si Bin Laden era solo un financiador de terroristas o el jefe de una organización terrorista. Dado que su nombre empezó a aparecer en los informes de inteligencia con mucha frecuencia, la CIA decidió averiguarlo. La Agencia creó en 1996 una unidad especial para seguir a Bin Laden, llamada Estación Alec. A diferencia de una unidad típica de la CIA, esta estaba ubicada en Estados Unidos, a poca distancia en coche de la sede central de la CIA. Se le puso el nombre clave «Alec» porque así se llamaba el hijo mayor del jefe de la unidad. Su objetivo inicial era averiguar quién era realmente Bin Laden.

En 1997, la Estación Alec encontró la respuesta. La CIA había averiguado, y así se lo había trasladado a las autoridades políticas, que Bin Laden era el jefe de una organización terrorista cuyo objetivo era el establecimiento de un califato global. Y habíamos averiguado e informado que para Bin Laden Estados Unidos era clave para su plan y, por lo tanto, el principal objetivo. Para lograr su califato tenía que expulsar a Estados Unidos de Oriente Medio y luego eliminar lo que él veía como líderes apóstatas apoyados por Estados Unidos y que estaban al frente de los países de esa región.

No solo los servicios de inteligencia hicieron que esto se supiera, sino que el mismo Bin Laden lo dio a conocer públicamente. Anunció claramente su intención de atacar a Estados Unidos. En al menos cinco declaraciones públicas entre mediados de 1996 y principios de 1998, Bin Laden profesó su odio a Estados Unidos y todo lo que representamos. Anunció directamente su intención de obligarnos a retirarnos del mundo musulmán. Y manifestó su plan de adquirir armas de destrucción masiva, lo que denominaba un «deber religioso». En las relaciones internacionales, a veces el mejor indicador de lo que alguien va a hacer es lo que él dice que va a hacer. Y, puesto que es una obligación religiosa en el Islam advertir a tus enemigos con antelación, había razón para prestar una atención especial a lo que había dicho.

Mientras que la comunidad de inteligencia sí lo hizo, las declaraciones públicas de Bin Laden generaron poco interés en los medios de comunicación estadounidenses, a pesar de que algunas de sus manifestaciones fueron realizadas directamente en medios estadounidenses.

Para hacer efectiva su retórica, Bin Laden, bajo la protección de los talibanes, fue aumentando su poder. Al Qaeda construyó campos de entrenamiento en Afganistán, atrajo reclutas de todo el mundo y creó miles de yihadistas comprometidos. Bin Laden construyó un dispositivo para falsificar documentos y mecanismos para mover dinero de forma segura.

La CIA no solo recopilaba información sobre Bin Laden y sus actividades; intentaba activamente debilitarlo. La Estación Alec trabajó duro en un programa para desbaratar sus finanzas, arrestar a los operativos que había enviado fuera y llevarle ante la justicia. Gracias a Tenet, no estábamos con los brazos cruzados, pero el resto de la Agencia, con la excepción de la Estación Alec, no se tomó a Al Qaeda tan en serio como lo hizo su director.

Lo más importante fue que la Estación Alec, posiblemente una de las unidades operativas de la CIA más importantes en ese momento, estaba dirigida por un analista. Como analista de carrera que soy, creía firmemente que la gente con mi trayectoria profesional podía hacer enormes contribuciones. Pero no podía pasar por alto el hecho de que el líder de la Estación Alec, un oficial llamado Mike Scheuer, no era un oficial entrenado en operaciones y que eran pocos los oficiales de operaciones que jugaban un papel significativo en la unidad.

La Estación Alec tampoco consiguió el apoyo que necesitaba para hacer su trabajo. Parte de esto se debía a la personalidad de Scheuer. Era un fanático. En los años anteriores al 11-S, no creo que nadie supiera más o le importase tanto Al Qaeda como a él. Sus análisis fueron siempre claves, pero también tenía una tendencia a enojar a las personas que no veían las cosas como él las veía. Scheuer se peleaba constantemente con la Oficina Federal de Investigaciones (o FBI, del inglés Federal Bureau of Investigation), la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) y sus propios jefes en la Dirección de Operaciones (Mike tuvo la oportunidad de desahogarse cuando publicó anónimamente un par de libros, pero finalmente abandonó la Agen-

cia de forma amarga y cuestionando nuestro compromiso con la lucha). Pero estoy convencido de que la Agencia no le dio suficiente apoyo en parte porque Scheuer era un analista. En ese momento había fuertes divisiones entre la parte operativa y la parte analítica de la CIA. Cuando empecé en 1980, las dos organizaciones se encontraban en diferentes lados del edificio y sus empleados comían en diferentes cafeterías. Había una fuerte cultura de «no es asunto nuestro» en la Dirección de Operaciones (DO). Creo que la DO, como la llamábamos, rechazó a Scheuer porque no era uno de los suyos.

La falta de apoyo también reflejaba el hecho de que no todos los niveles de gestión entendieron la pasión con la que los oficiales de la Estación Alec llevaban a cabo su trabajo. Y no todos los directores de la CIA lo entendieron porque la amenaza aún no se había manifestado. No podían verlo ni sentirlo (esto también fue un problema en el gobierno y en el país en general). A una de las analistas de la Estación Alec en una ocasión se le sugirió que dedicaba demasiado tiempo de su carrera a Bin Laden.

Scheuer se quejó con frecuencia de la falta de apoyo. Por ejemplo, creía que no recibía el apoyo necesario de las unidades geográficas operativas de la Agencia (los «dueños» de nuestras estaciones de ultramar), de otras agencias en la comunidad de inteligencia, o de los servicios de inteligencia extranjeros. Y Scheuer creía que sus superiores en la CIA no presionaban lo suficiente a estas organizaciones para que fuesen más próximas. Algunas cosas eran exageradas pero otras reflejaban también la realidad. Scheuer visitaba frecuentemente mi despacho tras sus reuniones en el despacho del director y compartía sus frustraciones conmigo. Yo me preguntaba si un oficial de operaciones como jefe de la Alec hubiese recibido más apoyo. Creo que sí y de vez en cuando compartí este punto de vista con Tenet.

Tal vez uno de los mejores ejemplos de la falta de apoyo fue la reacción de los dirigentes de la Dirección de Operaciones, encabezada en ese momento por un brusco *cold warrior** llamado Jack Dow-

* *Cold warrior* se utiliza para referirse a aquellas personas partidarias de la guerra fría, un estado de rivalidad y tensión entre dos grupos sin llegar a la confrontación violenta. (*N. de la t.*)

ning, a un plan de la Estación Alec para capturar a Bin Laden. El plan, elaborado junto con las autoridades presidenciales de aquel entonces para socavar y degradar los grupos terroristas, buscaba que miembros de una tribu afgana, cuyo nombre en clave era TROPINTS y sin apenas experiencia de lucha, emboscara a Bin Laden, le capturase vivo (a pesar de que estaba constante y férreamente custodiado por hombres armados muy capacitados), se lo llevara, y lo escondiera en una cueva durante un plazo máximo de un mes, hasta que un avión militar estadounidense pudiese lanzarse en picado en la clandestinidad y sacarle en secreto de Afganistán. El plan de Scheuer y su equipo, presentado a Tenet en la primavera de 1998, era imaginativo y agresivo, pero tenía pocas posibilidades de éxito. Era una operación paramilitar excesivamente complicada. A mayor número de elementos débiles en la operación, mayor era el riesgo de fracaso, y había un montón de puntos débiles en el plan de la Estación Alec. Había también un problema relacionado con los daños colaterales, puesto que Bin Laden estaba constantemente rodeado de sus esposas e hijos. El Grupo de Evaluación de Acciones Encubiertas, la junta de oficiales de alto rango en la Agencia que evalúa todas las propuestas de acción encubierta, dio a la operación una probabilidad de éxito de solo el 30%. En conclusión, era un plan mal concebido.

Pero lo que más me impresionó de la propuesta de la Estación Alec fue que llegó al despacho del director. Ni una sola persona de la cadena de mando de Scheuer pensó que el plan era acertado. Normalmente la Dirección de Operaciones protege a su personal y no les deja ver al jefe a menos que todos apoyen el plan que tienen en mente. Pero en este caso trajeron a Scheuer, le permitieron hacer la sesión informativa y, una vez que Scheuer salió de la habitación, le dijeron a Tenet (correctamente, en mi opinión) que el plan era inviable.

Me preguntaba por qué los jefes de Scheuer le dejaron hundirse allí de esa forma. La respuesta: creo que él era un simple analista al que no respetaban y al que no debían nada. Y, sin embargo, no respetaron suficientemente la misión como para poner a uno de los suyos en el puesto; no fue hasta después de que la amenaza se hiciera real, hasta después de los atentados en África Oriental, cuando

Scheuer fue sustituido por uno de los mejores oficiales de operaciones de su generación.

Una de las consecuencias de la forma en la que fue dirigida la Estación Alec en los primeros años fue que no tuvimos espías dentro de Al Qaeda, como debería haber sido. Aunque sabíamos algunas cosas sobre la organización y sus planes e intenciones a través de los espías de la periferia, teníamos pocas fuentes humanas (literalmente menos de un puñado) con acceso a la dirección de la propia Al Qaeda. Esto reducía significativamente las posibilidades de que detectáramos la preparación de un ataque y consiguiéramos neutralizarlo. Esto fue responsabilidad fundamental de la Estación Alec y su error ayudó a perpetrar los atentados de nuestras embajadas en África Oriental. Este error ni siquiera empezó a remediarse hasta que la dirección de la Estación Alec cambió y un oficial de operaciones de carrera fue puesto en el cargo y hasta que los atentados en África Oriental movieron a la acción al resto de la Agencia.

La conclusión es que Mike Scheuer debería haber formado parte de la Estación Alec como analista sénior, pero no debería haber dirigido el programa. Ese trabajo debería haber sido responsabilidad de un oficial de operaciones con experiencia desde el principio. Y el resto del servicio secreto debería haber presionado más para apoyar el trabajo de la Estación Alec. Estos fueron errores de Downing y su equipo directivo.

La mañana que las embajadas en Kenia y Tanzania fueron bombardeadas llegué al trabajo a las 5.00. Tenet ya estaba allí. Reuní todos los materiales sobre el bombardeo, los leí cuidadosamente, y destacué los párrafos claves para el director, que estaba intermitentemente hablando al teléfono con varios de sus colegas en el gobierno. A las 8.00, reunimos a los actores relevantes en la sala de reuniones del director para repasar lo que sabíamos, lo que no sabíamos y lo que deberíamos saber. Tenet entró en la sala, se sentó en su lugar habitual, en el centro de la mesa y no presidiéndola, un gesto que es respetado por el personal de la igualitaria CIA, e inmediatamente preguntó a los gestores reunidos: «¿Quién lo ha hecho?». Scheuer, sentado justo enfrente del director, respondió casi inmediatamente: «Al Qae-

da; no hay duda de ello». A pesar de que aún no teníamos la más mínima información que vinculase a Al Qaeda con el ataque, nadie cuestionó a Scheuer porque todos los presentes en la sala sabían que tenía razón.

El domingo por la noche, solo dos días después del ataque, tuvimos información de una fuente humana que confirmó la intuición de Scheuer. Esa noche nos reunimos en el despacho de Tenet, y escuché cómo hablaba a través de un teléfono seguro con el presidente Clinton, el asesor de Seguridad Nacional Sandy Berger, la secretaria de Estado Madeleine Albright, y el secretario de Defensa Bill Cohen y otros miembros del Consejo de Seguridad Nacional (NSC, del inglés National Security Council) en una conferencia telefónica para discutir los ataques. Tenet dio cuenta de la información que apuntaba a Bin Laden como responsable de la muerte de doce estadounidenses, incluyendo la trabajadora de la CIA Molly Hardy. Por primera vez, todo el país era consciente de la existencia de Bin Laden y Al Qaeda.

Tenet me enseñó una importante lección de liderazgo esa noche. Estábamos esperando los temas a discutir en la llamada del director al presidente y era tarde. Yo me estaba impacientando, preguntándome en voz alta: «¿Qué demonios están haciendo ahí abajo?». Tenet me aconsejó, diciendo: «Cálmate. Lo hacen lo mejor que pueden». Continuó diciendo que en una situación de crisis todo el mundo trabaja sin cuartel y no hay necesidad de presionar, que hacerlo sería en realidad contraproducente. «En la situación normal del día a día, en ausencia de una crisis, es cuando la gente necesita una patada en el trasero», dijo.

Inmediatamente después de los atentados contra las embajadas, Tenet fue a visitar a las tropas en la Estación Alec para reforzar su moral, y yo también fui. No era un acto inusual para él. Regularmente «se paseaba» y disfrutaba apareciendo sin avisar en las oficinas de todo el complejo de la sede. Disfrutaba bromeando con oficiales de la Agencia de todos los rangos mucho más de lo que le gustaba codearse con altos funcionarios del gobierno. Pero esta ocasión no era para nada agradable.

Tras realizar unos breves comentarios informales, uno de los analistas, una mujer que se encontraba entre los más leales a Mike

Scheuer, levantó la mano y dijo: «Señor director, espero que sepa que si nos hubiese dejado proceder con el plan para capturar a Bin Laden hace unos meses los ataques a las embajadas no hubiesen tenido lugar». Estaba culpando a Tenet de los ataques y la muerte de estadounidenses. Me pareció algo impresionante, irrespetuoso e inexacto. Un arrebató como ese era algo muy inusual en la cultura de la Agencia, pero muchos de sus compañeros parecían estar plenamente de acuerdo con ella. En un acto que honra a Tenet, este no respondió con dureza y se limitó a decir algo acerca de que todo el mundo tiene derecho a expresar su opinión. De hecho, el plan para capturar a Bin Laden tenía una mínima posibilidad de éxito, y más tarde conocimos a través de fuentes de inteligencia que los planes para hacer volar nuestras embajadas se habían puesto en marcha mucho antes que la propuesta de captura de Bin Laden. Y más tarde, cuando se dio luz verde a TRODPINTS para capturar a Bin Laden, fallaron miserablemente a la hora de trazar un plan viable.

Una vez que estuvimos seguros de que Al Qaeda era la responsable de los atentados a las embajadas, el presidente Clinton quiso defenderse con fuerza. Los campos de entrenamiento de Al Qaeda en Afganistán eran un objetivo obvio, y tuvimos la suerte de interceptar una comunicación de Al Qaeda que nos informó de que Bin Laden y otros altos líderes de dicha organización probablemente se reunirían en uno de los campos de entrenamiento cerca de Khost (Afganistán), unos pocos días después. Este se convirtió en el objetivo número uno. Pero el presidente y otros querían atacar al menos dos objetivos, ya que habían sido dos las embajadas atacadas, y querían atacar algún lugar fuera de Afganistán para demostrar la voluntad de Estados Unidos de ir más allá del santuario del grupo. De una lista de otros lugares potenciales, se seleccionó una planta farmacéutica en Jartum (Sudán) de la que se sospechaba que producía armas químicas para Al Qaeda.

En la madrugada del 20 de agosto, el día de la respuesta militar de Estados Unidos, despertaron a Tenet a las 2.00 con una llamada telefónica del presidente Clinton que le preguntaba si le parecía bien el plan. Tenet me dijo más tarde que le había explicado al presidente que el ataque al campo de entrenamiento cerca de Khost era «pan comido», pero que no estaba convencido del plan de atacar la planta

farmacéutica de Al-Shifa. Tenet me contó que el presidente le dijo algo así como: «Está bien, quiero que Al Qaeda, si nos va a atacar, se pregunte un poco cómo voy a responder».

Al final resultó que los contraataques de Estados Unidos, nuestro inicio en la nueva guerra contra Al Qaeda, no fueron un gran éxito. El ataque a los campos de entrenamiento mató solo a un puñado de terroristas, puesto que Bin Laden y los líderes de Al Qaeda habían dejado Khost un poco antes de que los setenta y cinco misiles de crucero bombardearan el campo. Aunque nunca pudimos probarlo, tengo la firme sospecha de que alguien le avisó. Estados Unidos había enviado al entonces vicedirector del Estado Mayor Conjunto, el general Joe Ralston, a Pakistán para informar a su gobierno de que misiles de crucero de Estados Unidos transitarían en breve el espacio aéreo paquistaní en ruta hacia Afganistán. Había tiempo suficiente para que algún simpatizante dentro del gobierno paquistaní avisara a Bin Laden, y sospecho que alguien lo hizo.

El ataque a la planta farmacéutica fue peor. Al final resultó que no producía armas químicas. La información clave que llevó a la decisión de atacar las instalaciones, que la CIA había recogido una muestra del suelo de fuera de la planta que contenía un precursor para armas químicas (ácido O-etilo metilfosfonotioico, conocido como EMPTA), era poco sólida. Y nos equivocamos en nuestro análisis de que el propietario de la fábrica era una persona relacionada con Bin Laden. No lo era.

En lugar de ver el fallido ataque al campamento de entrenamiento de Al Qaeda como un percance, estoy convencido de que Bin Laden y sus socios lo vieron, junto con el ataque a la fábrica farmacéutica en Jartum, como una victoria. En primer lugar, Bin Laden escapó, obteniendo como resultado un mayor prestigio entre los extremistas, y, en segundo lugar, él estaba convencido de que habíamos quedado en ridículo ante los ojos del mundo por la voladura de una «fábrica de aspirinas». No hay duda de que esto les dio alas.

Una de las principales consecuencias de los atentados en África Oriental fue el nombramiento de un director de inteligencia aún más decidido. En el camino de vuelta a casa en diciembre de 1998, tras una reunión con nuestros homólogos británicos, un viaje en el que la

conversación estuvo dominada por la amenaza de Al Qaeda, Tenet sacó una libreta de papel oficial y escribió el primer borrador de una carta dirigida a la dirección de la CIA y a los directores de todas las agencias de la comunidad de inteligencia (en ese momento, además de dirigir su propia Agencia, el director de la CIA también dirigía todas las agencias de la comunidad de inteligencia. En abril de 2005 el director de inteligencia nacional se hizo cargo de ese papel como resultado de la aprobación y firma de la Ley para la Reforma de la Inteligencia y Prevención del Terrorismo a finales de 2004). Tenet escribió frenéticamente durante cuarenta y cinco minutos y cuando finalizó arrancó las páginas de la libreta y me las entregó. Simplemente me dijo: «Aquí». Al leer lo que había escrito, me llamó la atención el lenguaje. El director dejaba claro que debíamos considerarnos en guerra con Al Qaeda y que no debería escatimarse ningún esfuerzo o recurso para llevarla a cabo.

Para la CIA, el informe «estamos en guerra», como fue llamado, se convirtió en una directiva a principios de 1999 para el brazo operativo de la Agencia con el fin de revisar la estrategia de la CIA contra Al Qaeda y sugerir mejoras. Había un informe similar para el resto de la comunidad de inteligencia. Entonces, en la primavera de 1999, cuando aumentó la información de que Bin Laden estaba planeando otra operación y cuando nuestros esfuerzos por localizar al líder de Al Qaeda y sacarlo del campo de batalla no llevaban a ningún lugar, Tenet presentó una nueva estrategia; no una estrategia limitada por los recursos o por las autoridades. En respuesta, en el invierno de 1999 el Centro de Lucha Antiterrorista desarrolló lo que se llamó «el Plan». El Plan implicaba un cambio importante en los recursos destinados a combatir a Al Qaeda y una mayor integración de la Agencia con el resto de la comunidad de inteligencia, particularmente la Agencia de Seguridad Nacional. Este trabajo tuvo algunos éxitos reales, esto es, la interrupción de una serie de ataques durante el periodo pre-milenio, tanto dentro de Estados Unidos como en el extranjero (Tenet había dicho al presidente Clinton que se esperaba entre cinco y quince ataques). Pero estos éxitos no nos acercaron más a Bin Laden.

A raíz de los atentados en la embajada también aumentó la atención de la Casa Blanca al problema de Bin Laden. Se aprobaron

nuevos poderes para acciones encubiertas, llamados «Memorandos de Notificaciones» (MON), que ampliaban una investigación presidencial sobre lucha antiterrorista de 1986, para dotar a la CIA de mayor autoridad para perseguir a Bin Laden.

Un error común es pensar que la Agencia Central de Inteligencia lleva a cabo operaciones secretas por su cuenta. Esto no es cierto. La acción encubierta puede ser propuesta por la Agencia o iniciada por los más altos funcionarios de seguridad nacional en la Casa Blanca. Pero solo con la aprobación de la Casa Blanca puede la CIA llevar a cabo una operación. El objetivo político de la operación viene determinado por la Casa Blanca, y la Agencia construye un programa diseñado para cumplir con ese objetivo, ya sea producir un borrador de investigación o un borrador de MON: básicamente un conjunto de autoridades dan su aprobación a la Agencia para llevar a cabo determinadas actividades. Ese proyecto está vetado dentro de la Agencia, en todos los niveles interdepartamentales, incluyendo el Departamento de Justicia; es aprobado por los directores y los representantes de la Agencia de Seguridad Nacional, y formalmente lo aprueba el presidente con su firma. Cumpliendo con sus obligaciones legales, la CIA notifica al líder del Congreso, a los comités de inteligencia del Senado y de la Cámara de Representantes, y a los dos subcomités de defensa de los que la CIA obtiene su financiación. Mientras que a la Cámara de Representantes se le «notifica» solo técnicamente, en realidad son ellos los que han de aprobarlo, puesto que pueden negar el dinero para la operación y entonces nunca permitir que se lleve a cabo. Como participante en este proceso, puedo decir que sería muy equivocado suponer que puede ser aprobado «sin más» en cualquier parte del proceso.

A la vista de todos estos requerimientos uno puede preguntarse: ¿cómo es posible guardar el secreto? Y la respuesta es que la mayoría de las veces el secreto no se mantiene. La mayoría de las acciones encubiertas se filtran. Pero, en contra de la sabiduría popular, no es en el Congreso donde tienen lugar las filtraciones (estas son excepciones). Por lo general, ocurre en la Casa Blanca, puesto que los funcionarios allí quieren, por razones políticas, mostrar al pueblo estadounidense que está haciendo algo sobre una determinada amenaza

contra la seguridad nacional. O también funcionarios en agencias de la rama ejecutiva que filtran secretos para intentar sacar ventaja en el debate político.

A raíz de los atentados en África Oriental, el presidente Clinton firmó varios nuevos MON relacionados con Bin Laden. Antes de los atentados en África Oriental, a la CIA solo se le permitía capturar a Bin Laden, y estaba expresamente prohibido el uso de fuerza letal. El proyecto de este nuevo MON permitía a la CIA, utilizando a sus vicarios afganos, matar a Bin Laden si se consideraba que su captura no era viable durante la operación. Era un paso importante: básicamente permitía a la CIA matar a un terrorista. La posición de la administración Clinton, que se ha mantenido constante a través de las administraciones de Bush y Obama, fue que bajo la Ley de Conflicto Armado, matar a una persona que supone una inminente amenaza para Estados Unidos y que no puede ser capturada es defensa propia, no un asesinato.

Sandy Berger, el asesor de Seguridad Nacional, envió el proyecto de MON al presidente Clinton la mañana de la Nochebuena de 1998. La Casa Blanca nos había dicho que el presidente firmaría el MON ese día, y me tocó a mí esperar en el despacho hasta que lo hiciese. Mi trabajo consistía en obtener la confirmación de que el presidente había firmado el documento, para que nuestros funcionarios en la sede central pudieran enviar las instrucciones del presidente sobre el terreno. Todos los demás en la oficina se habían ido a casa o estaban de vacaciones, pero allí me encontraba yo, sentado junto al teléfono esperando. Mary Beth estaba en casa con sus padres y su hermano, que habían venido de visita, junto con nuestros tres hijos, todos menores de seis años en aquel momento, esperando a papá y a Santa Claus, no necesariamente en ese orden. Todos se sentían frustrados por mi ausencia, pero no podía decirles que estaba esperando una orden del presidente Clinton para matar a Bin Laden.

A última hora de la tarde de Nochebuena, el presidente finalmente entró en la Sala de Crisis de la Casa Blanca, leyó el documento y lo firmó. La Sala de Crisis de la Casa Blanca me llamó y yo, a su vez, llamé al director, al asesor jurídico de la Agencia, y a nuestro director de asuntos del Congreso para informarles. Le pedí a este

último que informase a los miembros pertinentes del Congreso, lo cual hizo esa misma noche y durante el día siguiente. Entonces mandé recado al Centro de Lucha Antiterrorista para que pudieran transmitir instrucciones a nuestros oficiales en el terreno, donde ya eran las primeras horas de la mañana del día de Navidad. Me subí a mi coche y me fui a casa para celebrar la Nochebuena, sintiendo que ahora estábamos devolviendo el golpe más que en cualquier otro momento de la historia de Al Qaeda.

Pero la verdad era que todavía no estábamos actuando plenamente. Había mucho más que se podría haber hecho en los frentes militares y paramilitares. Desde luego, se iban a firmar más acciones secretas y poner más presión sobre Bin Laden y sus huestes, los talibanes, pero Estados Unidos aún no estaba haciendo todo lo posible para perseguir a Al Qaeda o defenderse del tipo de ataques que nos preocupaban. Incluso un presidente centrado, decidido y popular como era Bill Clinton se enfrentó a limitaciones sobre lo lejos que podía llegar. Un ataque contra dos embajadas (con doce estadounidenses muertos, incluyendo a Molly) no era suficiente para llevar al pueblo estadounidense a apoyar cualquier acción de forma incondicional. Eso tendría que esperar dos años y medio más.